

# DOS RELATOS

## VERONICA "LA TRASHUMANTE"

Verónica "la trashumante" nace en la Aldea a principios de siglo. Tras su noche de bodas pasa de ser simple campesina a personaje de leyenda. De esta noche se conoce un dato cierto —si damos crédito a sus palabras—, que no perdió su virginidad, y se desconoce otro: la causa del primero y su posterior demencia.

Verónica, —joven campesina canaria sin ningún rasgo sobresaliente—, abandona, aterrorizada, a la mañana siguiente a su marido, y emprende, con un cesto de palmas sobre la cabeza, su peregrinaje de barrancos y volcanes. Como los ganados trashuman de linderos, con los tiempos del año, según los pastos, así Verónica de paisaje plantando higos y tuneras.

En el fondo del cesto lleva, pulcramente doblada, su mortaja. Sobre ella troncos de higueras y tuneras, y encima, venteados, rubinillos. Estas fueron siempre sus únicas pertenencias: la muerte, amada imperturbable, sosteniendo la vida, vegetal y animal.

Su universo: el sur de la isla, Las Palmas, Lanzarote, Herbania y las hermanas. En las casas donde la albergaban gustaba soltar y jugar con los pájaros. Estos gorgeaban alegres, Verónica les decía: "¡Ay, rubinillo, rubinillo, tu cantando y tu ama tan triste!"

Verónica retorna, con los rosados destellos del alba, a su vida trashumante. Espaciando, con un cesto de palmas sobre su cabeza, la Muerte y la Vida en una extraña conjunción.

## ONDAS ALREDEDOR DE ARTEBIRDO

La leyenda engendra Artebirdo en un cueva de Majada Alta hacia principios de siglo, libre, de una altura considerablemente superior a la raza arqueológica guanche con la que distaba una generación de abuelos.

Eran recientes los tiempos de la conquista: con ocasión de un requerimiento para el que no quiso ausentarse, envió de legado al dueño cercano de una trilla, compensándole a cambio, con la mitad de un día, el trabajo de tres. Soltó los mulos, cortó dos troncos y —a modo de gigantesco mazo— los blandió como varas entre sus brazos primitivos. Esa noche gozó con un hembra, que tuvo una hija, que creció fuerte como su padre. Arte-

birido, en acusada desproporción sin embargo con el cuerpo del macho que "se creía" la había transmitido vida testicular.

El impostor yacía erecto bajo los muslos de "La Niña", quien hurgaba los piojos en la cabeza del hombre que la había criado. Mientras ésta, —como en un juego—, palpaba excitada las formas asombrosas de la sangre aquella, —jugando—, le apretó el cuello, que se dobló como el de una gallina, bajo la tenaza de sus dedos índice y pulgar.

Amenazado en su lecho el padraastro aguardó la noche para esgrimir el hacha que separó de su tronco la cabeza de "La Niña", mientras dormía. La enterró allí mismo, en las cuevas denominadas por los cumbreiros como "De la Niña", actualmente visibles a un lado de la presa que lleva el mismo nombre, pluralizado por los eventos de la historia: Presa de las Niñas.

Como El Castillete, estas ondas alrededor de Artebirido se desgarran en la lejanía de tiempos sucesivos. Tres círculos concéntricos dan forma al casquete superior de dicha necrópolis guanche, ubicada en Los Tabaibales, sobre el barranco "Del Perchel", que desemboca en la playa del mismo nombre, famosa por la cantidad de sus mariscos y murenas. Es un barranco negro a cuyo término el Mar de las Mujeres se levanta en una franja azul tersa que inunda de claridad el paisaje.

Pero estos muros de piedra, arqueados hacia adentro de la punta a la base, cuerpo de los círculos concéntricos de defensa del Castillete, carecen de clara delimitación. Tampoco el precipicio que se hunde a sus espaldas. La fortaleza gravita sobre un deslinde imaginario entre cada vida y cada muerte.

Eran recientes los tiempos de la conquista: a no ser que optaran por riscarse, los últimos guanches libres debían medir su libertad. Artebirido construyó una alforja, introdujo en ella un becerro de un año, un panal de palma y emprendió el camino de Majada Alta a San Mateo. Allí una de las criadas del gobernador le vio acercarse, a través de los barrotes de la balconada cuyo piso fregaba, hacia la casa cargado con el imponente fardo. "¡Mi amo ahí viene un hombre que tiembla la tierra con él encima de lo grande que es!", se apresuró a comunicar.

A la muchacha se le hizo decir que el amo yacía enfermo, pero vistas las proposiciones volvió a salir y condujo a Artebirido a su presencia, después de abandonar la singular alforja en el patio central, y subir las escaleras de piedra a la señorial estancia con techo y piso de tea, donde fue recibido a distancia. En los saludos se le preguntó con cuántos hombres era capaz de batirse. Respondió Artebirido: "Si como yo con uno. Si como vos con cien".

El amo mandó venir los criados disponibles de la casa, seis varones como él, que se alinearon a la derecha del nativo. Preguntó si era capaz de levantarles con ese brazo; Artebirido demandó un vaso de agua, que situaron al alcance de su mano. Luego propuso: "Si estos hombres logran derramarme el agua, quede yo sujeto a la ley, y si no, libre". El gobernador aceptó la propuesta, y los seis hombres colgaron del miembro.

Como guiñapos inmatiales Artebirdo los vio zarandearse mientras el agua se precipitaba en su garganta. Ni una virgula rasgó los labios indígenas. Impresionado "el amo" decretó de palabras su libertad. Y lejos ya de los dominios usurpados un criado exclamó en la casa señorial: "¡Adónde me ha mandado el amo, que este hombre trajo un becerro que sirve para arar y un panal que es la mitad de una palma!"

Eran recientes los tiempos de la conquista: la barra, lúdico instrumento guanche de piedra —con más de un metro de largo y excepcionalmente grueso para el fin que se fabricaba—, volteaba describiendo grafías en el vacío voluble creado por los cuatro brazos arquetípicos. Por descuido o intencionadamente, el falo de piedra cayó sobre Artebirdo y lo despanzuró.

"El Mulato", su eventual compañero de juego, continuó la huída al solapón que desde entonces adopta su nombre, del que deriva el del barranco donde encontró su muerte, como "La Niña". Allí vivió libre y sin medidas: la mágica precisión de su pedrada y su primitivo dominio del garrote hicieron inútiles todo intento de encerrona, causando incluso varias bajas entre las hordas invasoras.

Un enviado se aventuró sin embargo en su paisaje; adujo ser pófugo y futuro compañero. Era pequeño y carente de poder, pero le fue permitido compartir la soledad aborígen que profanó al cuarto día, cuando amaneció mudo y estático sobre una piedra como una piedra más. Al Mulato le extrañó su metamorfosis: "Hoy se hace vida santa en mi pueblo", dijo apesadumbrado. Luego sin que nadie le preguntara, explicó detalladamente cómo era necesario atar el cuerpo lo más sólidamente posible, una vez al año, a fin de que el ánima expulsara sus inmundicias, que de no ser así vedarían su salvación ultraterrena.

Ajeno a la dialéctica de los contenidos el nativo ató, como se le pedía, al penitente, quien transcurridas dos horas corrió extasiado proclamando la enhorabuena de su liberación. "Tú también puedes salvarte", dijo y se ofreció atarle.

Deslumbrado por los grilletes de fuego ignoró los grilletes de cáñamo, que apresándole se cernían contra su cuerpo; y a cada nudo intuía ay ésto no me irá a pesar...

Cuando la civilización hubo engullido en sus ondas centrífugas el cuerpo primitivo, el enviado, cumplida su misión, tocó la llamada convenida por las tropas que se apresuraron en presentarse. Tal era la fuerza del Mulato que las ramas caducas del pino se estremecían desprendiendo la pinocha verde.

Escúchame, te hablo desde la Distancia (cómo llegó a mi no puedo hablarlo): el Mulato permanece atado a un espacio físicamente determinable de nuestra geografía. Un medium alucinado podría reiniciar con él el divertido salto del garrote. Para encontrarle —si lo deseas— puedes guiarte por la pinocha verde, o el rastro del destiempo.

Ervigio Díaz Marrero